861
M.
PQ6623
.E4
C35

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



# De mí mismo

Mi buen amigo A. Pikhart, Secretario del Tribunal Civil de Praga (Austria-Bohemia), me pidió unos renglones sobre mi vida, para publicarlos en lengua *checa*, á la vez que diera á conocer, traducidos, algunos de mis *Aires murcianos* y composiciones de *Alma del pueblo*. Para complacerle y, de seguro, extendiéndome demasiado, escribí la presente autobiografía que, á falta de otros méritos, tiene el de la sinceridad.

Perdone, pues, el lector si le canso y aburro con esta prosa que, para mí, también tiene su poesía y que bien podría titularse *La canción del poeta*.

*

Mi padre fué de clase modestísima y desempeñó los oficios más humildes: de mozuelo, iba al monte por haces de leña, que traía á sus espaldas, y estuvo sirviendo de mozo de labranza en casa de unos parientes suyos; pero era despejado y se propuso dedicarse á trabajos menos penosos. Entonces aprendió, por las noches, á leer, escribir y contar, y se dedicó á dar lecciones en las casas de campo. Se despertó en él mucha afición á la lectura de romances é historias, y leía cuanto pillaba, gastando sus pequeños ahorros en papeles de estos.

Después fué camarero y empleado en alguna oficina del balneario de Archena (Murcia) nuestro pueblo natal, y en vista de su gran afición á los libros, el administrador del balneario le aconsejó que pidiese algunos á Madrid y pusiese en el balneario un puestecito de ellos. Así lo hizo; luego pidió periódicos también, y yo, que entonces tenía unos ocho años, vendía los periódicos con mi padre, por la calle, las fondas y los cafés, voceando: *La Correspondencia*, *El Imparcial*, *El Globo*... Esto era por el año 75; yo nací el 27 de Octubre del 66.





Desde los ocho años á los trece, vendí periódicos en la calle y libros en el puesto, yendo con mi padre, durante los meses en que se cerraba el balneario, á vender libros y romances á los pueblos de la comarca. Estas escursiones las hacíamos á pié y con el hato á cuestas; alguna vez hicimos jornadas de ocho y doce leguas.

A la necesidad de andar siempre entre libros y periódicos se debió mi afición; yo leía mucho para matar el tiempo en mi puestecito, y á los trece años ya había leido repetidas veces las obras de nuestros más populares poetas y novelistas, así como las de algunos extranjeros ya traducidos entonces: Zorrilla, Espronceda, Becquer, Narciso Serra, Campoamor, Nùñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera, Trueba, Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Zola, Dikens, Julio Verne...

Pero, es natural, todo desflorado, saltando lo que me cansaba, cosas buenas sin digerirlas bien... Estas lecturas, sin embargo, dejaron en mí excelente predisposición.

Entonces ya, á los trece años, fuí poeta de original modo: empecé á sentir esos amores deliciosos de la niñez en que se tiene novia sin declararse á ella, tal vez sin hablar con ella tampoco, quizás sin mirarla. Se dice á los amigos, sintiendo profunda emoción, furtivamente, con

gran misterio: «¡Aquella es mi novia, la del vestido azul!» y se añade: «No mires, que puede mirar, no sabe todavía que la quiero!...»

Pues entonces leía yo con mucho afán mis poetas favoritos, y así que encontraba en ellos unos versos que eran aproximada expresión de mi estado de ánimo, de mi sentir, ya los estaba copiando y, *firmados por mí*, los enviaba á la niña del vestidito azul...

*

A los trece años me envió mi padre á Madrid, con el buen deseo de hacer de mí un hombre de provecho.

Fuí á casa de un señor Procurador de los Tribunales, para hacer compañía á un hijo suyo, ir al colegio y á paseo con él y, según propuso á mi padre, estudiar yo, al mismo tiempo, una carrerita corta.... Efectivamente: acompañaba al muchacho, llevaba las togas de los abogados al palacio de Justicia y me dedicaba en la casa á ocupaciones bien modestas... Por las mañanas embetunaba tres ó cuatro pares de botas, luego iba al mercado con la señora, llevando la cesta de la compra, algunas veces acarreaba





el agua, trayendo un cántaro á hombros desde una fuente de la vecindad...

Comprendí cuál iba á ser mi carrera en aquella casa, un día que el procurador me dijo incomodado, porque no le había limpiado las botas á su gusto: «No vas á ser nunca nada! Es necesario que aprendas bien á dar betún, que luego cuando vayas al servicio y seas asistente, no te pesará.»

Me marché de la casa del procurador.

Un día me preguntaron unos señores protectores míos: «¿En qué quieres ocuparte? qué quieres ser?» Y recuerdo que les respondí con la mayor candidez del mundo: «Yo quisiera ser artista.» Se sonrieron bondadosamente:

—¿Artista? pero qué? músico? pintor?... qué sabes?

—Nada, pero yo aprendería.

Me hicieron comprender que el camino del arte era espinoso, lleno de amarguras y privaciones, y me colocaron en un comercio... que prometía más.

En el comercio compraban periódicos atrasados para envolver; yo aprovechaba cuantos momentos podía para cortar y coleccionar los folletines que, á escondidas, leía por los rincones ávidamente... Al año y pico me dejé el comercio, no era aquello para mí... Regresé al pueblo.

La noche de Sábado Santo, en la huerta, los novios ponen á las novias enramadas de flores á la reja... Yo que tenía entonces dieciseis años, también llené de flores una ventana... ¡y entre las flores esparcí versos! Eran los primeros que hacía, incorrectos, pero espontáneos, sentidos... En ellos encomendaba á las flores que hablasen por mí, que confesasen mi ternura á la niña que dormía, en tanto que yo llenaba su ventana de versos y flores...

A partir de entonces hice muchos versos, pero malos, incorrectos, disparatados... Incrustaba en ellos muchas palabras por lo bonitamente que me sonaban y no porque racionalmente se debían emplear... Desconocía en absoluto (y desconozco aún oficialmente), la retórica y poética... ¡así tenía yo teorías maravillosas como la de creer que hacer versos libres, era hacerlos á capricho y con entera libertad de metro y rima!

Con una mediana instrucción y después de haber sido nuevamente vendedor de libros y algunos meses mancebo de botica, á los 18 años ingresé voluntariamente en el servicio militar... En los cuerpos de guardia y en las oficinas hacía versos siempre, aún muy malos; pero ya eran leidos algunos y se me tenía como poeta. ¡Oh suspirado título!

Entonces escribí un drama en tres actos larguísimos...





¡más de cinco mil versos en octavas reales, quintillas, redondillas, seguidillas!... Cuando pienso que aquello estuvo á punto de estrenarse!...

Fuí á Filipinas en donde estuve poco más de un año... mi gusto literario se depuraba lentamente... No tenía quien me aconsejase y dirigiese... Yo buscaba con afán alguien que, después de leer un trabajo mío, me digese con claro juicio: «Esto es malo... esto es bueno... es bueno ó malo, por tal ó cual cosa.» Pero no encontraba este censor y maestro soñado por mí; en cambio tropezaba con los que hablan mucho siempre y nunca dicen nada:

—¿Qué me dice usted? Hable usted sin reparo... No le importe señalarme defectos... Yo deseo corregirme y aprender.

—Pues le diré á usted, ¡claro! en la composición se nota inexperiencia ¡es natural! usted principia ahora... tiene defectillos, incorrecciones... pero algunas cosas son bonitas...

—¿Es larga la composición...

—Tal vez.

—¿El cambio de metro...

—Acaso.

—¿Las asonancias...

—Sí, puede ser.

—¿Entonces...

—Usted escriba... escriba y emborrone mucho papel, que así es como se aprende.

—Muchas gracias.

*

Regresé de Filipinas, tomé la licencia y volví al pueblo. Tenía entonces 24 años.

Traté de vivir con un pequeño comercio de tejidos en otro pueblo cercano, adonde iba con un borriquillo que me llevaba la carga. No pude sostener mucho tiempo aquel lujo de caballería, porque era demasiado gasto el del pienso, y no me quedó otro camino que llevar yo mismo mi fardo á cuestas... A pesar de la economía y de andar á diario de tres á cuatro leguas con mi tienda al hombro, no podía vivir y tuve que emprender nuevos derroteros.

Hice mi corto equipaje y, con los primeros cuadernos de algunas obras de casas editoriales de Barcelona, y re-





suelto á embarcarme para Orán (Argelia francesa) en donde pensaba dedicarme al negocio de suscripciones ó á lo que fuese, vine á Cartagena; pero algunos buenos amigos de aquí me disuadieron de seguir tal aventura, aconsejándome que me quedase en esta ciudad donde me ayudarían para que hallase un destino. Así lo hice y, después de un mes de apurillos y desalientos en que estuve á punto hasta de hacerme carabinero, encontré colocación en una oficina comercial cuyo dueño era propietario á la vez de dos periódicos: *La Gaceta minera* y *El Diario de Cartagena*. En la redacción de este último conocí á José García Vaso, crítico literario, futuro abogado entonces, joven y de ideales como los míos... Desde aquel momento se hizo mi orientación literaria.

—Deseo que lea usted mis versos y me aconseje,—le dige.

—Traigalo usted todo y lo veremos.

Le llevé dos ó tres cuadernos y un paquete de cuartillas... su franca naturalidad me había conquistado, simpatizamos en seguida... Leía... sus observaciones eran claras, precisas, resueltas... me explicaba el suspirado *por qué* de las cosas:

—Esto es malo, de mal gusto, por ésto. Aquí hay una

idea bonita, pero la forma es deplorable... Esto está confuso, esto es anodino, aquí la contradición es evidente... Asonanta usted versos impares, estas asonancias dentro de verso perjudican...

Y continuaba:

—Hiatos, cacofonías!... nada, nada!... esto hay que limpiarlo mucho... estas trasposiciones y estas ampulosidades no pueden ser... Sencillez, naturalidad, espontaneidad de la frase, como aquí, este cantar es muy bonito:

*«No he tenido carta tuya,*
*pero de mi madre sí...*
*¡y aún no le he escrito á mi madre*
*y otra vez te escribo á tí!»*

Este cantar lo escribía yo en una carta, desde el Archipiélago Filipino, á la niña del vestidito azul, que ya me había olvidado...

Mis composiciones, en su mayoría, creo que todas, están tomadas de la realidad, de mí, de otros, vividas, sentidas, lloradas... Sentí *Murria* en Filipinas, *Cubierta de flores* es la historia de aquel amor que me hizo poeta, *¡Tóico!* una verdad amarga de aquella misma historia...





*

A partir de mi conocimiento con García Vaso, me dejé arrebatar por mi pasión literaria, que era más grande cada día, y escribí mucho y sin ton ni son: cuentos, artículos, versos cómicos ó tristes... En prosa, imitaciones de Selgas; en verso, imitaciones de Rueda, Campoamor y otros... Todo aquello lo veía Vaso y podía pasar por el momento; pero no se podía señalar en aquellos escritos nada saliente, original, personalidad literaria... Solo, de vez en cuando, alguna nota sincera, sentida... algún arranque impetuoso...

En lo que más alabanzas encontré de Vaso, fué en los cantares; esto y el entusiasmo que yo había sentido siempre por Trueba, me inclinaron á la poesía popular.

También hice algunas composiciones de espíritu social moderno, que le gustaron á mi amigo: son las que componen el grupo de *Sectarias* en *Alma del pueblo*.

A todo esto, mis producciones solo se publicaban y conocían en la prensa local de Cartagena: *El Diario de Cartagena, El Republicano, Cartagena, Las Noticias* y *¿...?*

Este último, semanario satírico fundado por Vaso, otros amigos y yo.

En aquella época y desde hacía bastante tiempo, me hormigueaba el deseo de escribir una obra dramática de costumbres murcianas y en el lenguaje típico de la huerta. Ya con Vaso había intentado yo hacer algo de esto en colaboración; pero nos desanimamos al ver que Feliú Codina estrenaba *María del Carmen* con un argumento parecido al que nosotros íbamos á emplear. Entonces fué cuando concebí *El rento* y empecé á madurar su plan. Yo sentía un cariño que rayaba en ternura, por el lenguaje típico murciano, y se explica este sentimiento porque aquél era mi lenguaje natal y porque en Madrid, cuando me carcomían las primeras y más hondas nostalgias de la tierra, lo evocaba leyendo *El panocho*, periodiquín en verso y en lengua huertana, publicado en Murcia. Por cierto que me indignaba al leerlo, muchas veces, porque el periodiquín, que era cómico, exajeraba el lenguaje de los huertanos, afeándolo y haciéndolo ridículo.

—Es lástima!—exclamaba yo—estropean un lenguaje que es puro, delicado, tierno...

Cuando tuve esbozado *El rento*, me propuse hacer unos estudios del lenguaje que iba á emplear en él, escribiendo





algunos romances en el habla de la huerta. El primero de estos romances fué *La barraca*, y animado por el èxito que alcanzó entre mis amigos, le siguieron *En la cieca, La novia del sordao, Isabelica la Guapa, Carmencica...* Gustaban siempre y me animé. Habían nacido los *Aires murcianos.*

Terminé *El rento* y se estrenó en Cartagena con el título *Santa,* por vía de ensayo. Gustó en general, y, con la experiencia de la representación, lo corregí cuidadosamente.

Desde entonces quedó definido claramente mi carácter literario. Géneros: la poesía y la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas. Tendencias: radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: regional y general; á mi entender, una sola: la popular.

*

Hice una edición de *El rento* de 100 ejemplares: vendí 50 de estos á los amigos para pagar la tirada, y los 50 restantes los envié á los críticos y á la prensa de gran circulación. A los dos ó tres días, Martínez Ruiz salía en *El Progreso* con un artículo elogiándome mucho como autor

dramático, y me escribía una carta cariñosa. Esto me alentó y le envié un paquete de mis versos en recortes de periódicos de Cartagena. Sin hacerse esperar, publicó un segundo artículo en *El Progreso* alabando mis poesías, me dió á conocer entre sus relaciones literarias y me brindó las columnas de *Madrid Cómico.*

Todo marchaba bien... Publiqué entonces un tomo de *Aires murcianos* y, á poco, el editor Bernardo Rodríguez Serra, hizo, de *Aires murcianos* también, el primer tomo de su biblioteca *Mignón.* Por este librito, realmente, me dí á conocer y de él hablaron con excesiva bondad Bonafoux, Leopoldo Alas (Clarín), Urbano González Serrano, Pedro Corominas y otros.

*

Alcanzados tales éxitos abrigué la ilusión (¡oh vanos sueños!) de vivir de mis trabajos literarios, y entregado á ellos exclusivamente con la calma y atención que requerían; pero, aunque la intención era excelente y mis aspiraciones bien modestas, no he conseguido sacar los piés del plato. Vivo y sostengo mi familia, como entonces,





trabajando ocho ó nueve horas diarias en dos oficinas, una comercial y otra del Estado, con lo que reuno el modesto sueldo de 200 pesetas mensuales.

Desde aquella época he producido, además de los libros que se conocen, tres tomos de poesías y varias otras dramáticas, aún sin editar.

Tenía la esperanza de que, con los rendimientos de una obra dramática que tuviese éxito, podría emanciparme; pero no consigo lo principal, que es estrenar obras en Madrid.

En cuanto á los libros, no se venden; excepto el tomo *Mignón,* todos están editados por mi cuenta y ellos se comen, no solamente lo poco que cobro por la publicación de versos en periódicos y revistas, sinó algo también de lo que gano escribiendo cartas comerciales y haciendo guarismos y facturas.

En estos momentos acabo de editar *El alma del molino,* drama de costumbres murcianas... ¡para ayudarme á pagar la edición, escribiré una cartita á treinta ó cuarenta amigos (creo que no son tantos los que tengo) rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta!

*Cartagena 19 de Mayo de 1902.*

# A mi musa

Pobrecita musa mía
desolada,
plañidera humilde musa que dolores y tristezas
solo canta,
vete lejos que importunas...
musa triste, vete lejos que nos cansas...

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...

nuestra risa con tus aires melancólicos apagas
y nos tornas pensativos
y provocas nuestras lágrimas...

No es tu tierra, pobre musa de los tristes,
la feraz y exuberante tierra cálida
donde suenan incesantes é incesantemente frívolas,
como alegre loca música, las sonoras carcajadas...
Busquen eco tus monótonas canciones
en países nebulosos donde reinen otras almas...
allá lejos
entre lagos y montañas
donde entonen los juglares tiernamente
sus baladas...

Musa simple y primitiva sin brillantes atavíos
ni elegancias
y que copias de la vida...
¡musa cándida
que permites que se entienda cuanto dices,





sin enigma ni sentido impenetrable en tus palabras,
vete lejos, ó por otros
tus sencillos temas cambia!...
Deja en paz á los felices...
¡gime á solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

¡Vete lejos!...
vete ó canta
las antiguas tradiciones
de la guerra y de la patria...
¡perpetúen tus acentos la epopéyica grandeza
que en gloriosos timbres luce la viril valiente raza!...
Sacrifica tus ingenuos arrebatos...
¡Inocente musa, calla
las verdades afrentosas, las miserias repugnantes,
lo asqueroso, lo que sangra!...

Pobrecita musa mía, musa triste,
vete ó canta
la bondad de los humildes resignados

y la hermosa caridad que los ampara,
¡las venturas y el sosiego de la dulce
vida plácida!...

No repitas tus canciones
melancólicas y amargas,
que no dejas á los hartos digerir tranquilamente,
¡musa mía!... ¡pobre enferma, del dolor enamorada!...





# Canto...

Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

Cuando infantiles
mis carcajadas suenan alegres;
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas